

LA RECEPCION YA NO ALCANZA

Sergio Caletti*

Sergio Caletti
"La recepción ya no alcanza"

CENTRO DE ESTUDIANTES FRYCS
Nº CARRERA SF. 1
EDUC. 35 DE 5
AGrupación RODOLFO WALSH

Cae por su peso que debatir la investigación y la enseñanza de los problemas propios de una comunidad académica, cualquiera ésta sea remite de modo casi directo a las perspectivas técnicas que predominan sobre las cuestiones mismas y al desarrollo en que se encuentren, ésto es, al "estado del arte".

Cuando el consenso prevalece sobre los asuntos de fondo, o bien cuando la discusión se da en toda línea, la formulación de criterios y políticas de enseñanza e investigación tiende a convertirse en algo casi teórico, vale decir, donde lo específicamente pedagógico o investigativo son aspectos que pueden reasumirse con metodologías puestas al servicio de unos horizontes expresos.

La virtual centralidad que, en cambio, han adquirido entre nosotros los debates sobre las carreras, la formación profesional, las tendencias de la investigación, las relaciones con las demandas del mercado, los planes de estudio, el papel de teorías y talleres, etc.,⁽¹⁾ ponen a mi juicio de manifiesto la ausencia de consensos firmes -o bien discusiones abiertas- sobre aquellos asuntos en que precisamente las decisiones respectivas deberían basarse. Aquella centralidad se advierte, entonces, por excelencia opaca: resulta el lugar político donde quedan puestos en escena y donde efectivamente se dirimen dilemas mayores, que para nada cabría suponer instrumentales.

Tal vez por ello, la discusión actual sobre la generación de conocimientos y la formación que procuran nuestras facultades constituye una de las zonas de inflexión más pronunciadas en el mapa general de las preocupaciones que exhibimos: porque estamos instalados en medio de un vendaval de nuevas ideas, y a la vez lejos de una sistematización de su análisis y debate.

* Profesor de la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de la Plata.

activamente en sus reformulaciones a la vez en curso; han promovido la posibilidad de marchar, en fin, hacia una recomposición completa en el orden de nuestras preocupaciones.

En éste sentido, es posible pensar que la renovación conceptual a la que venimos asistiendo constituye apenas el momento de la negatividad con que ha comenzado a corporizarse, en estos territorios de la comunicación una mucho más vasta movilización de puntos de vista que conmueve la entera dimensión de las ciencias sobre lo social y lo humano.

Trataremos ahora de sostener éstas conjeturas. Para ello, recorreremos algunas características de éstos nuevos enfoques, tanto relativas a su saldo teórico como a su reconversión en "ideologías de la recepción". Luego, intentaremos marcar algunos rasgos de este vendaval de ideas en el que estamos involucrados, sus desafíos, nuestra visión de los caminos posibles de recorrer.

ASPECTOS DE UNA HISTORIA

De una manera análoga a la que ha señalado recientemente Néstor García Caniini en referencia al concepto de consumo⁽²⁾ no hay en rigor, una teoría comunicacional de la recepción. Hay, sí, una serie heterogénea de resortes conceptuales que provienen de la crítica literaria y de la estética, o de la semiología del texto, de los estudios de audiencias, de algunas psicologías vinculares y de sociologías de la cultura. ¿De qué hablamos, cuando hablamos de teorías de la recepción?

Veamos un contraste. Hasta hace una década y quizá menos, dos distintos hilos de coherencia enhebraban en sus respectivas propuestas, y con una consistencia apreciable, desde los niveles conceptuales más abstractos hasta el dibujo preciso sobre los quehaceres profesionales cotidianos. A tal punto que podían ciertamente resumirse de un trazo, sea con la sempiterna clasificatoria de "apocalípticos" o "integrados", por decirlo en los términos de Umberto Eco que se hicieron *clishé*, sea en los varios otros que solían usarse en su remplazo.

Aquellas férreas convicciones quedaron atrás, y paulatinamente, una ristra de nuevos focos de atención -el receptor, los públicos, las prácticas culturales- ha comenzado a ocupar el lugar vacío. En su

turno, todo ocurre como si se estuviese edificando la sede de algún nuevo paradigma. Pero al nuevo tejido le faltan los hilvanes. O, más aún, no han madurado todavía la decisión acerca de cuál de todas las hebras ha de usarse para la tarea.

Antes que a unos desarrollos teóricos específicos⁽³⁾ el giro "teorías de la recepción" alude a una enorme variedad de componentes cuyo común denominador es la ruptura con sus interlocutores -o antecesores- mecanicistas o deterministas. Así, se ha nutrido de vertientes tan dispares -por mencionar apenas unas referencias- como la Escuela de Birmingham y la de Constanza, el último Wittgenstein y la pragmática de Oxford, la teoría de los campos de Bordieu y la sistemática norteamericana, los pensamientos de Foucault o Deleuze y el modernismo denodado de Habermas, la semiótica de Pierce y ciertas corrientes del psicoanálisis, los viejos teóricos rusos de la literatura y los interpretes de la posmodernidad.

La lista, obviamente, podría continuar en extensión y ganar en especificidad, porque a la vez se amplía y concretiza en las fuentes de cada uno de quienes se formulan hoy, en nuestros países, las mismas o similares preguntas a partir de los enfoques de la recepción. O también puede reducirse en número y volver extraordinariamente complejas sus relaciones: cuando advertimos que las fuentes de las fuentes pueden dejar codo a codo a Gramsci y a Heidegger, a Freud y a Weber, a Benjamin y a Bateson, etc., no solamente nos complica la genealogía sino que es casi inevitable enfrentar la inconmensurabilidad de los respectivos compromisos teóricos y epistemológicos.

Mételeja, no estamos precisamente frente a un desarrollo orgánico de unas ciertas tesis sino, más bien, ante un fuego cruzado de lecturas que se arman con lo que pueden para batirse contra las grandes referencias que dominaron por décadas el conocimiento social, aquellas que colocaban en la cabecera de las mesas a las determinaciones últimas, a la fijez de los lugares sociales, a la necesidad de los procesos y no a su contingencia, a la cognoscibilidad definitiva de lo dado.

No hay propiamente una teoría y no hay tampoco un andamiaje preciso de resortes teóricos cuando se habla de "teorías de la recepción". Sin embargo, la denominación se ha instalado entre nosotros, y lo que es más llamativo, llena el espacio ilusorio de un programa de investigación -en el sentido lakatosiano del término⁽⁴⁾- que pareciera

2

desarrollo teórico y el desarrollo de una escucha académica para los nuevos conceptos, no se encuentra particularmente inclinada hacia el segundo de éstos términos a lo largo del proceso de validación que han venido siguiendo las teorías de la recepción. Interesante paradoja: un lugar paradigmático edificado por la escucha. Quizá por ello nuestras "teorías de la recepción" se beneficiaron de un parto sin violencias ni temibles adversarios.

Otras dos brevisimas referencias a favor de éstas interpretaciones. Vale la pena recordar que por esos mismos años, o muy poco después -épocas igualmente tempranas- eran elaborados dos trabajos pioneros para lo que hoy se asume como la problemática de la recepción: entre 1974 y 1977, Jesús Martín Barbero llevará a cabo una investigación sobre "prácticas de comunicación en la cultura popular" cuyos resultados contará en 1980 al público latinoamericano.¹⁰⁹ Entre 1977 y 1980, Néstor García Canclini realiza otra investigación sobre culturas populares, en México, cuyos resultados fueron publicados completos en 1982¹¹⁰ ambos son trabajos de una reconocible ambición (y no ya sugerencias de investigación), en los que el esbozo de una problemática compleja de las formas de apropiación popular de los bienes simbólicos se encuentra desplegada. Y es difícil encontrar una crítica seria para ellos en aquellos años que no haya sido elogiosa. La ausencia de embates visibles es en especial significativa en el caso del artículo de Jesús Martín, publicado en una recopilación sobre experiencias de comunicación alternativa, es el único de veintidós trabajos que se sale de los carriles previstos e implícitamente los afronta.

Me he permitido estas citas no sólo como reconocimiento a trabajos pioneros, sino también para sugerir una reflexión:

¿Cuáles son las características con la que se desenvuelve institucionalmente ésta escucha académica y cuáles las de ésta noción que construye para que, desde 1980 a los días que corren, los estudios sobre la recepción y el consumo, no hayan debido afrontar ninguna oposición real sino, por el contrario, una conversión a pseudo paradigma, esto es, por encima del punto que sus autores efectivamente proponen? Dijimos más arriba que éstas propuestas ocuparon un vacío y la expresión quizá sea atinada

LA POLISEMIA EN CASA

El bajo umbral de determinación teórica que aun muestran los nuevos enfoques aparece así asociado a una escasa exigencia del medio académico en ese sentido, características que contribuyen a explicar lo que denominamos "ideologías de la recepción". A mi juicio, circulan en la base de muchas de nuestras facultades unos usos ideológicos de las teorías de la recepción que llamaré "usos blandos". Se trata, en lo esencial, de aquellos que suponen que lo nuevo puede simplemente sumarse o yuxtaponerse a lo previamente dado.

Esta suma puede operarse por conciliación, lo que implica un eje sincrónico. La yuxtaposición añade "etapas" a un eje diacrónico. Lo significativo en ambas es que, sin expresarlo textualmente, suponen que las miradas actuales a los problemas de la comunicación serían fruto de una suerte de "maduración interna" de las reflexiones sobre el campo que, luego de décadas de estar puestas en el emisor y sus omnipotencias -sea para medidas, sea para denunciarlas- ahora giran hacia el receptor y sus complejidades. En ésta visión, lo ocurrido no sería sino resultado de un cierto desarrollo natural, de una evolución del campo que no requiere mayores explicaciones y cuyas consecuencias no difieren esencialmente de las que provoca cualquier actualización."

Entre éstos "usos blandos" uno de los más difundidos proviene de la primera de las alternativas señaladas; bajo el esquema que reza "hasta ahora sólo hemos hecho teoría de la emisión; era hora de que nos acordáramos de la recepción", esta visión de las cosas marca las ventajas de una teoría por primera vez globalizadora, y encuentra en el justo medio aristotélico, sin "exageraciones" ni emisionistas ni recepcionistas, el camino para una armónica integración de los clásicos estudios de mensajes y audiencias a los nuevos enfoques de la recepción.¹¹¹

Cuando la deshistorización, en cambio, se opera sobre línea diacrónica, los resultados son, poco conciliatorios: se imbuen, por el contrario de cierto radicalismo propio de las modas culturales. Las teorías de la recepción constituyen, así, un "tercer estadio" de la biografía del campo, que viene a sustituir lo dicho por los dos anteriores: el funcionalista y el frankfurtiano.

supuestamente incuestionable en el acontecer de la comunicación. A esa subversión, convocaron a todos los que ya entonces venían poniendo en duda la incuestionabilidad de otras lógicas, de otras jerarquías: la de la superestructura y la base, la de la acción y sus reglas, la del lenguaje y la lengua, la del improvisado y las leyes.

Cuatro han sido, a mi juicio, las más importantes operaciones en las que la negatividad de las "teorías de la recepción" logró hacer suyas estas zonas de ruptura, abriendo horizontes de enorme valor heurístico en el análisis de los fenómenos de la comunicación. Elijo destacarlas porque, sin ser ni por mucho las únicas, en ellas están probablemente contenidas un gran número de otras operaciones críticas.

1. La ubicuidad del poder. El siempre citado pasaje de la omnipresencia de los medios a las complejidades de la trama social habitada por receptores concretos supuso el traslado de la coacción al reconocimiento, y por ende, la idea entera del entretrejo de poder que soporta cualquier producción social y cultural.

2. La consustancialidad entre lo macro y lo micro. La artificiosa irreductibilidad entre los dos órdenes de lo social había escindido la problemática de la comunicación entre aquella de los grandes aparatos y sistemas de la realidad cotidiana de los individuos.

3. La transdisciplinariedad. Si el poder circula en el entramado social y pone en conexión el mundo de la vida con la escena de la historia, se derrumba entonces una taxonomía de los fenómenos sociales que clasifica sus objetos -por decirlo irónicamente- según el tamaño de las instituciones que habitan o de los espacios que configuran: familia, comunidad, ciudad, región, espacio público y vida cotidiana, tradiciones, anhelos y desempeños, por citar apenas algunas, resultan dimensiones cuya organización para el conocimiento debe ser repensada por encima de las disciplinas establecidas.

4. La lógica de la articulación. No sólo la organización de los problemas para el conocimiento, también para su abordaje. Frente a la engañosa omnisciencia que reduce la entidad de todos los fenómenos a una clave explicativa -las relaciones sociales de producción, las reglas elementales del parentesco, las leyes básicas de la vida psíquica- es necesario imaginar una posibilidad de conocimiento que articule lo diverso y lo contingente, que capture las mezclas, los cruces, las mediaciones, lo nuevo siempre

híbrido que fragua la realidad de lo social sin aniquilarlo pero sin recaer tampoco en el candor de la literalidad de las cosas. Rechazar entonces la metafísica de los reduccionismos ontológicos y subrayar la insuficiencia de las lógicas de la transparencia y la inmediatez.

Solo este recorte, incompleto y si se quiere arbitrario sin remedio: es más que suficiente para poner en evidencia la magnitud y la riqueza de un cambio recorrido. Pero también, su carácter primordialmente negativo.

Son tres las grandes zonas en las que esta negatividad parece estar tocando un cierto límite y donde los problemas que enfrentamos reclaman abandonar el recurso de la inversión en el orden de los factores -recepción vs. emisión, consumo vs. producción, apropiación vs. propiedad, etc.- para recomponer en cambio otra inteligibilidad en el conjunto, una inteligibilidad positiva. Existen en ese sentido algunos importantes pasos dados en los años recientes por distintos investigadores que, en cierto sentido, marcan rumbos posibles. Sin embargo, y aunque la heterogeneidad es también grande en relación a cómo se hacen presentes estos límites a los que aludimos, me parece útil formular el problema en sus términos generales. Estas tres zonas son:

1. La politicidad de la vida social. Ocurre en este terreno algo de apariencias paradójales. Las teorías de la recepción se encargaron de poner en evidencia la intensidad con que las tramas múltiples del poder, las lógicas de la negociación invisible, la pluralidad de las luchas culturales en el campo de la hegemonía, recorren una y otra vez los sistemas nerviosos de la vida social cotidiana. Permitieron disolver aquellas tópicas nociones ceremoniales de los actos de la dominación, aquel culto ritualizado a los atributos de la coacción y sus edificios públicos. Pero toca ahora advenir que han operado, en rigor, una disolución de las categorías propiamente políticas del poder o, más exactamente, una disolución de los nexos teóricos entre las esferas política y cultural del ejercicio del poder, instalando entre ellas un hiato corrosivo. La conocida observación acerca de cómo las versiones vulgarizadas de la resemantización pueden ofrecer un punto de fuga a cualquier análisis sobre las operaciones del poder en el cuerpo social y en el de los individuos constituyen una consecuencia de esta debilidad que, naturalmente, saben aprovechar las ideologías neoconserva-

luchas, desconocimientos y pactos, propios de una construcción, que es a la vez cotidiana e histórica, a la vez subjetiva y colectiva.

El actual estallido de la problemática de las atribuciones incide a su vez, en la posibilidad misma de tener para los procesos simbólicos una nueva mirada, y hace de los medios masivos y telemáticos condición insoslayable de producción para el nuevo horizonte teórico.

Con su protagonismo en la reformulación de un complejo andamiaje de patrones de vida y de sentido, las nuevas redes mediáticas están pulverizando, y para siempre, una lógica de clasificación de las cosas, la misma que había ordenado nuestras ideas del mundo y de nuestras maneras de concebirnos en él.

Más aún: estas nuevas redes massmediáticas y telemáticas han llevado hasta el punto el juego de las representaciones que agrietaron para siempre el orden que en ellas se fundaba, y en torno al cual todo un régimen de verdad se había amasado durante, cuando menos, tres laboriosos siglos. La noción restringida del conocimiento según la metáfora de una copia confiable de lo real, y por lo tanto, la búsqueda de nuestros más pulidos discursos -los científicos- como su sólido reenvío, se ha quebrado en mil astillas. Si algún valor central tienen las propuestas de corte transdisciplinar que se formulan cada vez con más insistencia, ésa es precisamente que vuelve denunciada la hegemonía que sobre lo comunicacional -y sobre la entidad "empírica" de los procesos simbólicos- impuso por décadas la taxonomía positivista de la realidad.

En el emerger de una nueva realidad del mundo -la dimensión de lo simbólico- lo comunicacional adquiere una centralidad hasta ahora reservada para las determinaciones "materiales" concebidas en oposición al orden de las representaciones. Por eso es que en torno a la problemática comunicacional se advierte con privilegiada claridad la crisis -y la posibilidad misma de la crisis- que padece hoy el proyecto epistemológico realista y materialista.

Si asumimos lo comunicacional como atinente a esta esfera de intercambios simbólicos, parece de toda lógica una re-composición del campo. ¿Qué duda cabe de que los media han tenido una participación decisiva en la brutal modificación contemporánea de los términos sociales de producción e intercambio de las significaciones? La feroz expansión introducida por los media en la geografía social de los procesos simbólicos, la explosiva heterogeneidad que con ellos

han adquirido, su infinita multiplicación, la constante mutabilidad de sus formas, son rasgos, entre otros, que así lo atestiguan.

Pero entonces, también: ¿Cómo pensar que lo que aquí se está fundando es mucho más que una siempre pendiente "teoría general de la comunicación"? Sería talaz adjudicar ahora al nuevo proceso teórico que se ha abierto el cometido de cumplir, finalmente, con un sueño fundacional de la disciplina científica propia, la bien estatuida, la que deje de una vez atrás los tantos sinsabores de no haber sabido nunca, ni antes ni ahora, cuál es el preciso lugar que se ocupa en el Olimpo de los conocimientos establecidos. Las discutiblemente llamadas "ciencias de la comunicación" nacieron signadas por su condición in-disciplinaria y, a mi juicio, no es éste el momento de deshacer el enjuerto^(1a). Por el contrario, es el momento de plantearse una concepción general de los estudios sociales más acorde con lo que es hoy el propio estado de preocupaciones que desde ellos mismos se evidencia.

Las posturas que puede asumir cada uno de nosotros ante el estallido de las estas nuevas perspectivas se derivan a su vez de las posturas epistemológicas que elijamos. Las teorías de la recepción han venido haciendo las veces de una puesta en escena de nuestras opciones en este marco. Ellas han sido el primer impulso con que supimos responder, zona de transacciones entre pasado y futuro. Hoy, esa transacción, que nos permitió avanzar a grandes pasos en un principio, ya toca las fronteras de su "capacidad innovadora" y comienza a imponernos algunos pesados lastres, bajo la forma de un desamparo sin remedio para los mismos problemas que supo entrever.

La recepción, decimos, ya no alcanza: contra su capacidad de respuesta conspira la reconversión positiva que el escucha tiende a instituir para sus dichos. Estos, configurados en buena medida desde una negatividad sin utopía, convocan a mayores mediaciones en los procesos de su significación. Los avances logrados por los estudios de la recepción enfrentan paradójicamente el producido conceptual de su propia recepción y de las significaciones que desde ella tienden a instituirse.

Lo que está en discusión es el lugar de los estudios de comunicación en el campo de las ciencias del hombre y de la cultura, y la manera en que entendemos a éstas mismas. Pero discutir el lugar no es tan sólo discutir un sistema de conexiones, es también discutir cuál es el

12 Son de interés las observaciones que en éste sentido reformula María Cristina Maiz en *Radio: Memorias de la recepción*. En: *Dia-logos* No.30 FELAFACS Lima, Perú

13 Ver, por ejemplo, Goldmann. *Las ciencias humanas y la filosofía*. Nueva Visión, Buenos Aires 1967. La noción de conciencia posible debería rescatarse como una brillante anticipación a las elucidaciones actuales sobre uno de los procesos por los que las significaciones sociales vienen producidas.

14 Son especialmente significativas las reflexiones en este sentido expuestas por A. Giddens en la presentación de su compilación *La teoría social hoy*. Grijalbo, México, 1991. Ver también Habermas, J. *Pensamiento posmetafísico*. Taurus, Barcelona, 1990.

15 Luego del clásico concepto de "ser social" elaborada por Marx -y sus relaciones con el lenguaje, la ideología, la práctica- pocos han sido los intentos sistemáticos de articular ambos dominios. Entre la bibliografía reciente guarda interés la minuciosa elaboración realizada por C. Castoriadis *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets. En otra dimensión y términos mucho más orientados a las construcciones de categorías operacionales de investigación, el concepto de "habitus" trabajado por Bourdieu resulta particularmente iluminador.

Las orientaciones entre estos u otros autores actuales aparece fuertemente planteada entre quienes elaboran la noción de sujeto como superficie de lo social y quienes, por lo contrario, lo suponen como sede primera de los procesos de sus construcciones.

16 Las técnicas de indagación de campo utilizadas por Néstor García Canclini en Tijuana (ver *Culturas Híbridas*. Grijalbo, México, 1990.) con la utilización de fotografías, constituyen una indicación al respecto. Lo mismo, en otro espacio, cabría decir, naturalmente de varias de las utilizadas por P. Bourdieu en la que tal vez García Canclini se haya inspirado, y que aparecen reportadas en *La Distinción*. Taurus, 1990.

17 Usamos esta distinción entre empirismos en el sentido planteado por Emilio de Ipoia tanto para discriminarlos como para enlazarlos.

18 En otro lugar sugeri la posibilidad de, en cambio, "hacer de la (presunta) necesidad virtud". Ver 'Dia-logos' No.31. Felafacs, Lima, Perú.

6

5 19 6

6